

eP Primera fila **ICULT**

Cruzada contra el olvido

ARCHIVO



►► Adolf Eichmann, en la jaula acristalada durante el juicio al que fue sometido en Israel en 1961, tras ser secuestrado en Buenos Aires por agentes del Mossad.

ANNA ABELLA
BARCELONA

Josef Mengele, el *ángel de la muerte de Auschwitz*, y Aribert Heim, el *doctor Muerte*, se les escabulleron, pero su tenacidad, valentía y sentido de la justicia les llevaron a seguir la pista, localizar, acosar y acusar, detener y llevar ante los tribunales a criminales nazis como Adolf Eichmann, el artífice de la *solución final*; Klaus Barbie, el *carnicero de Lyon*; Ilse Koch, la *perra de Buchenwald*, o el capitán de las SS Erich Priebke. Con la excepción de Simon Wiesenthal («el detective con seis millones de clientes», le llamó *The New York Times* en alusión a los muertos en el Holocausto), son casi desconocidos los nombres del pequeño grupo de hombres y mujeres que dedicaron sus vidas a atrapar a criminales de guerra del régimen de Hitler para «impedir que el mundo olvidara sus crímenes». De rescatarlos, y de documentar profundamente cada caso, se encarga *Cazadores de nazis* (Turner), de Andrew Nagorski (Edimburgo, 1947), escritor y periodista de *Newsweek* durante más de tres décadas, recurriendo a archivos y entrevistas personales.

Los fiscales de los juicios de Núremberg (Benjamin Ferencz), Dachau (William Denson) y Auschwitz (Fritz Bauer); los agentes del Mossad que secuestraron a Eichmann en su

Tras el rastro de los verdugos

‘Cazadores de nazis’, de Andrew Nagorski, rescata a quienes dedicaron sus vidas a atrapar a los responsables del Holocausto

Figuras como Wiesenthal y Ferencz llevaron ante la justicia a criminales de guerra del régimen de Hitler como Eichmann y Barbie

refugio de Argentina; quienes desde una oficina de Estados Unidos impidieron que los nazis siguieran viviendo impunes en su país (Elizabeth Holtzman y Eli Rosenbaum); quienes investigaron por su cuenta (como Wiesenthal, Tuvia Friedman o Beate y Serge Klarsfeld)... Todos «siguieron luchando incluso cuando el resto del mundo, incluidos los gobiernos que representaban a los vencedores, ya habían perdido todo el interés en el destino de los criminales de guerra nazis», destaca Nagorski. Porque tras la segunda guerra mundial y los primeros procesos a los altos cargos nazis, muchos de los cuales acabaron en la horca, llegó la guerra fría. Y con ella, EEUU y la URSS prefirieron beneficiarse de los conocimientos de los nazis sobre su nuevo enemigo antes que perseguirlos.

Ello permitió que muchos nazis siguieran con sus vidas en Europa, a menudo sin ni siquiera cambiarse el nombre, o se exiliaran a Estados Unidos o Latinoamérica camuflados entre los millones de europeos que intentaban levantar cabeza tras la guerra. Para Nagorski, la captura en 1960, juicio y ahorcamiento de Eichmann «marcó el principio de conciencia, cada vez más extendida, de que los criminales nazis se habían ido de rositas y reavivó el interés general por sus crímenes».

No elude el autor el hecho de que

los cazadores de nazis a menudo «se enfrentaron unos con otros y se lanzaron recriminaciones, se mostraron celosos de los éxitos ajenos y se comportaron como verdaderos rivales, aunque persiguieran más o menos las mismas metas». También aborda el tema de la venganza, «que movió a algunos en un principio, especialmente quienes habían pasado por los campos» —como Friedman, quien «fantaseaba con el día en el que los judíos se la devolvieran a los nazis, ojo por ojo», aunque pronto se volcaron en insistir en que se les procesara. El propio Wiesenthal tituló sus memorias *Justicia, no venganza*. «No solo pretendían castigar a los culpables, sino que jugaban un papel crítico para establecer un relato veraz que pudiera pasar a la historia», porque, y cita a Harry Truman, el objetivo de los juicios debía ser «educar al mundo» y «que fuera imposible que con el paso del tiempo, alguien dijera: 'Oh, eso nunca sucedió, no es más que propaganda, un montón de mentiras'».

Los ejemplos del libro prueban que la mayoría de nazis «nunca se arrepintieron» ni se responsabilizaron de sus crímenes y siempre mantuvieron la excusa de que solo «seguían órdenes», cuando en realidad, como individuos, tuvieron elección.

La búsqueda de la justicia y educar al mundo sobre lo ocurrido movieron a estos rastreadores

Resalta Nagorski cómo el esfuerzo de los sabuesos ayudó a profundizar en el debate sobre la naturaleza y la «banalidad del mal» que abrió la filósofa Hannah Arendt en el juicio a Eichmann. Según el autor, el mando de las SS «cometió unos actos monstruosos en nombre de un sistema monstruoso, pero resumirlo todo en que era un demonio hace que los demás parezcan ángeles a su lado y no explica la facilidad con la que los regímenes tiránicos encuentran a ciudadanos normales dispuestos a comportarse como criminales».

LA VEJEZ // Para Nagorski, tras los casos de los últimos años de viejos nazis llevados a juicio, como los de John Demjanuk o Erich Priebke, la vejez «no absuelve de la culpa» y sus delitos no deben prescribir, aunque por su avanzada edad no lleguen a pisar la cárcel. «¿Por qué perseguir en sus últimos días al anciano guardia de un campo de concentración? ¿Por qué no dejar que los responsables fueran desapareciendo poco a poco y en silencio?», se pregunta. «Para demostrar que los espantosos crímenes de la segunda guerra mundial y del Holocausto ni pueden ni deben olvidarse, y que aquellos que los instigaron o cometieron —o los que se sientan tentados de hacer lo propio en el futuro— nunca deberían sentirse a salvo de la ley». ≡

los cazadores



SIMON WIESENTHAL 1908-2005

El perseguidor más conocido

El más famoso cazador de nazis sobrevivió a Mauthausen y tituló su autobiografía *Justicia, no venganza*. Creó un centro de documentación en Viena y tuvo a Eichmann en su punto de mira. Se enfrentó con otros cazadores que le acusaban de exagerar sus logros y su papel en la detención de ese líder nazi. Pero nadie duda de que ayudó a llevar ante la justicia a cientos de nazis. Entre ellos localizó en Viena, donde seguía siendo policía tras la guerra, al oficial de las SS que había arrestado a Ana Frank y a su familia.



WILLIAM DENSON 1913-1998

El fiscal de los juicios de Dachau

Fue el fiscal jefe de EEUU en los juicios de Dachau, que declararon culpables a 177 responsables de ese campo y de los de Mauthausen, Buchenwald y Flossenbürg (97 fueron ahorcados). Defendía que «cada acusado era una pieza más en la máquina de exterminio». Si el tribunal legitimaba sus conductas, «los acusados habrán conseguido que la civilización retroceda al menos mil años». Durante los juicios pasó de 73 kilos a 55. Entre sus condenas destaca Ilse Koch, cruel viuda del primer director de Buchenwald.



BENJAMIN FERENCZ 1920-...

Pionero en hablar de genocidio

Con solo 27 años fue el fiscal jefe del «mayor juicio por asesinato de la historia», como llamó la agencia AP a los procesos de Núremberg. Cuando llegó con su calculadora al millón de víctimas de los Einsatzgruppen (los escuadrones de ejecución), dejó de contar (era «demasiado»). De 3.000 de sus miembros solo logró condenar a 22, pero fue el pionero de los juicios por genocidio, término que usó aludiendo a la «matanza deliberada de inocentes dictada no por necesidades militares» sino por la perversión de la teoría nazi de la raza superior».



LOS KLARSFELD 1939-... / 1935-...

Un matrimonio valiente y tenaz

La temeraria Beate, que dio una «memorable bofetada» en público al canciller alemán y antiguo miembro del partido nazi Kurt Georg Kiesinger, fue la cara más famosa de este tenaz matrimonio. Ella y su marido, Serge, persiguieron a los criminales de guerra que deportaron a miles de judíos desde la Francia ocupada a Auschwitz. De ellos, su gran presa fue Klaus Barbie, jefe de la Gestapo en Lyon, entre cuyas víctimas, torturadas por él mismo, figura el líder de la Resistencia francesa Jean Moulin.

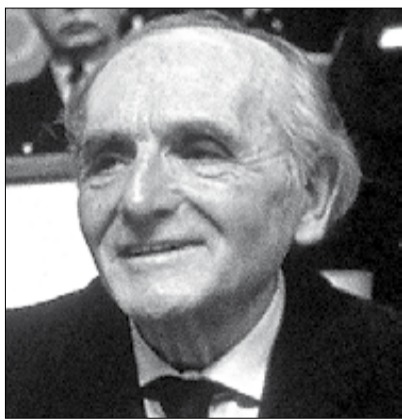
Los sabuesos y sus presas



ADOLF EICHMANN 1906-1962

El secuestro más famoso

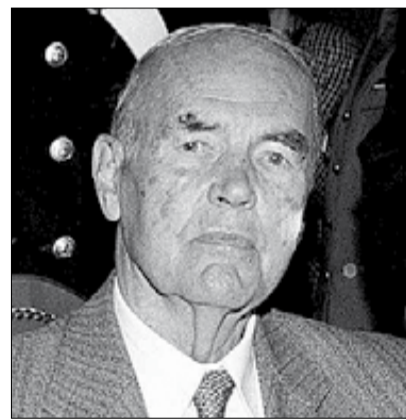
La pieza crucial para encontrar al huido artífice de la *solución final* fue una información lograda por el fiscal Fritz Bauer, que le situaba en Buenos Aires. En lugar de explicarlo a su país, Alemania (por temor a un soplo de antiguos nazis), el juez pasó el aviso al Mossad, cuyos agentes, en un comando liderado por Rafi Eitan, le secuestraron en 1960 y le llevaron a Israel. Allí sufrió un juicio que congregó la atención internacional y reabrió el debate sobre la caza de nazis y la «banalidad del mal». Fue ahorcado.



KLAUS BARBIE 1913-1991

El 'carnicero de Lyon', atrapado

El *carnicero de Lyon* y jefe de la Gestapo en la Francia ocupada fue el responsable de deportar a 50.000 personas a los campos de exterminio —entre ellas, 44 niños judíos que murieron en Auschwitz— y de torturar y asesinar a muchos, como al líder de la Resistencia Jean Moulin. Los Klarsfeld le siguieron el rastro: EEUU le ayudó a cambio de sus servicios como espía contra Stalin y vivía tranquilamente en Bolivia. Tras una larga campaña lograron que fuera extraditado a Francia, donde se le condenó a perpetua en 1987. Murió en prisión.



ERICH PRIEBKE 1913-2013

Un capitán de las SS en Argentina

Capitán de las SS, organizó la ejecución de 335 hombres y niños en las Fosas Ardeatinas de Roma, en 1944, como represalia por la muerte de 33 soldados alemanes. Después de la guerra vivió cómodamente en la ciudad balneario argentina de San Carlos de Bariloche hasta que, en 1994, un reportero de ABC News, Sam Donaldson, le localizó y abordó con preguntas en la calle, provocando su extradición a Italia y una condena a cadena perpetua. A causa de su edad fue confinado en arresto domiciliario hasta su muerte.



ILSE KOCH 1906-1967

La sexual 'perra de Buchenwald'

Conocida por su sadismo, la *perra de Buchenwald*, viuda del primer comandante del campo, fue encerrada por el fiscal William Denson. Varios presos le acusaron de provocarles sexualmente para luego ordenar que les dieran una paliza o les mataran. «Llevaba una falda muy corta y me miraba desde arriba con las piernas separadas, sin ropa interior», afirmó un reo, que añadió que entonces les preguntaba «qué demonios estaban mirando» y les golpeaba con la fusta. Koch se suicidó en la cárcel en 1967.

los cazados